



Promover juntos una mayor vitalidad del carisma

EL SEGUIMIENTO A JESÚS QUE COMPARTIMOS HERMANOS Y LAICOS NOS HACE SER BUSCADORES Y EXPLORADORES

ficha

10

Creemos que la nueva relación hermanos-laicos nos exige la misma audacia y creatividad de Champagnat.

Asumir un itinerario de conversión. Saber morir para vivir.

El seguimiento a Jesús que compartimos hermanos y laicos nos hace ser BUSCADORES Y EXPLORADORES. “Movernos, desprendernos, asumir un itinerario de conversión”, nos dirá el XXI Capítulo General. Es el desplazamiento y la itinerancia que vivieron María y Champagnat. Es el “remar mar adentro” y “pasar a la otra orilla”, que nos señala Jesús. Es experiencia de peregrinación y de búsqueda. Experiencia de miedo y de admiración, de titubeos y de confianza. Asumimos la condición de itinerantes. Como Newman decimos: Vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado con frecuencia”.

Según un autor: “La fidelidad no consiste en permanecer siempre en el mismo lugar sino en moverse sistemáticamente hacia todo lo que proporcione mayor plenitud y convicción del alma, mayor claridad de mente e integridad del corazón”. Somos conscientes, como lo fueron los capitulares, que la vida marista está urgida a adentrarse en una dinámica de éxodo y desplazamiento que nos lleve a hermanos y laicos a abandonar las respuestas del pasado que no nos satisfacen pero que nos dan seguridad, y rastrear los caminos de la tierra prometida, atravesando el desierto.

A hermanos y laicos nos exige el Señor disposición a asumir un ITINERARIO DE CONVERSIÓN. Este itinerario se convierte en desplazamiento interior para saber pasar de la dependencia a la autonomía y libertad, de momentos espirituales a un estilo de vida según Dios, de cantidad a calidad. Y es un desplazamiento en la misión para pasar de obras de hermanos a obras maristas, de ser funcionarios del Evangelio a testigos del Señor. Es un desplazamiento en la relación, pasando de la suplencia a la colaboración, de superioridad a fraternidad, de distancia a cercanía, de convidados de piedra a compañeros de camino. La conversión supone pasar del protagonismo al ocultamiento evangélico, del centralismo a la corresponsabilidad, de dirigir a acompañar y animar. Para José Cristo-Rey este momento pide pasar de la teoría a la praxis, de las diferencias ministeriales a la igualdad fundamental, de lo masculino a la igualdad de género, de lo jerárquico excluyente a la autori-



Subida al nevado, en el encuentro de Quito

dad como servicio, de los símbolos, gestos y ritos de sometimiento a la fraternidad que une.

Para ponernos en camino hacia la tierra nueva necesitamos vivir una espiritualidad para el cambio, que sólo nace del Espíritu de Dios. “Sin creer en el Dios del cambio, nos condenamos a la banalidad de lo parcial”, dirá Joan Chittister. La novedad que nos propone el último Capítulo General creemos que tiene este tono, que implica cambio de mentalidad, mucho discernimiento, gran disponibilidad, renuncia a seguridades, asumir riesgos y una profunda confianza en Dios, a ejemplo de María.

La exploración y la búsqueda nos debiera llevar a experimentar y crear nuevos modelos de vida y misión marista que ayudasen a los hermanos y laicos en su vocación común y específica (Encuentro de St. Paul), a ayudar a nacer la aurora de una nueva vida marista (Laicos de Venezuela), a promover la vivencia del carisma marista desde la perspectiva de la mujer integrando en nuestras vidas elementos marianos como la tenacidad, la resistencia, el cariño maternal, la ternura, la atención en los detalles y la intuición en nuestra experiencia cotidiana (EMM 25), a responsabilizarnos de animar una pastoral vocacional marista conjunta y específica que multiplique los miembros de nuestra familia (EMM 147).

Este camino de conversión nos pide también la búsqueda de una mejor articulación de los laicos en el Instituto y de una organización que suponga crecer en corresponsabilidad, autonomía y comunión. Lo recoge muy bien el documento EMM, “a medida que vamos caminando juntos, surgirán nuevas formas de relación, cada vez más profundas, que exigirán nuevas estructuras que acojan e impulsen la vitalidad y permitan profundizar mejor la relación entre hermanos y laicos” (99, 134). Así nos los recordó la Asamblea de Mendes: “Necesitamos articular el futuro de la vocación laical marista y sus estructuras organizativas”. Nos parece normal pensar en integrar a los laicos incluso en los órganos de gobierno: especialmente los que afectan a la misión, pero también los que afectan a la vida, al carisma, a la institución, como capítulos provinciales, prioridades de la Provincia, formación en el carisma... La novedad desde los laicos también vendrá por una toma de conciencia de la responsabilidad de recibir el don del carisma para cultivarlo y darlo a conocer, ser creativos en el modo de organizarse y en la creación de los medios necesarios para dar respuesta al seguimiento de Jesús en la misión y en la vida compartida, entre otros.

Creemos igualmente que nuestra conversión pasa por procesos formativos consistentes para profundizar nuestra identidad marista (XX CG 29), revitalizar nuestro carisma (EMM 156) y recrear nuestra espiritualidad en una fuerte experiencia de Dios.

El Hermitage renovado, es para nosotros un icono de este trabajo de renovación y conversión que en este momento atañe a hermanos y laicos, como nos recordó el h. Emili. La construcción del Hermitage y su desarrollo constituyó una aventura sembrada de dificultades y de contradicciones. Es el recorrido de un grupo de hombres, guiados por un líder clarividente, arraigados en la fe y en una visión de futuro llena de esperanza, que les hizo capaces de ir a contracorriente, de soñar juntos en un mundo mejor para los niños y los jóvenes pobres.

El Hermitage construido por San Marcelino no fue una obra terminada de una vez por todas; a lo largo de los 185 años de su historia, el Hermitage ha conocido transformaciones, se construyeron nuevos edificios, se reformaron otros. La renovación del Hermitage también ha tenido que afrontar problemas. El Hermitage renovado es un icono, un signo viviente de la importancia de asumir en nuestras vidas la realidad del misterio pascual: morir para vivir.

Creemos que la nueva relación hermanos-laicos nos exige la misma audacia y creatividad de Champagnat. Saber morir para vivir.

Para profundizar



Grupo formación conjunta en St. Paul

Lecturas que pueden ayudar

- Carta del XXI Capítulo General
- Mensaje de los laicos en el XXI Capítulo General.

Saber morir para vivir es la dinámica que nos propuso el último Capítulo General. Itinerancia, desplazamiento, conversión... Morir a lo viejo. Atravesar el desierto.

¿Te es fácil precisar los elementos de conversión personal que en este momento te pide el Señor? ¿Y qué señalarías para la renovación institucional?

¿Qué tiene que morir en mí para que esa nueva relación nazca?

Nos cuesta aceptar que para que algo nuevo nazca, algo tiene que morir. Nos resistimos a la muerte. Una nueva relación hermanos – personas laicas. ¿Qué tiene que morir en mí para que esa nueva relación nazca? (h. Emili).

Confrontarme:

- Desde el seguimiento a Jesús, como laico o como hermano, me anima la actitud de ser buscador.
- Entiendo que la tierra nueva me exige moverme, desprenderme, asumir un itinerario de conversión.
- Aunque me cuesta, asumo que debo abandonar respuestas del pasado.
- Creo que la fidelidad no consiste en permanecer siempre en el mismo lugar sino de moverse sistemáticamente hacia todo lo que proporcione mayor plenitud.
- En la nueva relación creo que la conversión supone pasar del protagonismo al ocultamiento evangélico, del centralismo a la colegialidad, de dirigir a acompañar.
- Estaría dispuesto a experimentar nuevos modelos de vida marista, a renunciar a seguridades, a asumir riesgos, a poner más mi confianza en Dios.